

capítulo primero

Acababa de ponerse el sol sobre la capital del reino cuando los pasos apresurados de un criado rompían el silencio de aquel lugar. Sus ojos asustados miraban a todos lados mientras avanzaba en busca de algo o de alguien. El respirar acelerado y el empeño que ponía en la carrera indicaban la urgencia de su misión.

—¡Que venga el obispo! —gritaba—, ¡que venga el obispo! —repetía con voz trémula por todo el pasillo.

Soldados, criados, doncellas, y cualquiera que se cruzaba con él, se extrañaban ante lo apresurado de sus pasos. «¿Cuál será la urgencia?» se preguntaban, asombrados por la carrera de aquel siervo, a la vez que se apartaban de su camino. Por fin llegó a una estancia donde, sin pensárselo, golpeó la puerta con tensión antes de abrirla y cruzar el umbral.

En el interior, un hombre de unos cuarenta años, calvo y algo orondo, vestido con una sotana morada y una faja de seda del mismo color, estaba de pie junto a una mesa. Era don Sancho, obispo de Nájera, que se giró hacia el criado.

—¿Ya? —se limitó a preguntar con el rostro serio.

—Ya, su ilustrísima —exclamó con pesar.

El silencio fue la respuesta. Con la agilidad que le permitía su oronda figura, se puso la muceta, de color morado también. Tras lo cual se colocó el solideo y el bonete. Con mucho cuidado se cogió del cuello una cadena de oro de la que pendía la cruz pectoral, que situó con cuidado sobre la muceta. Con cierto nerviosismo se miró un par de veces para comprobar que todo estaba en su sitio. Una vez satisfecho, cogió un tarrito con los santos óleos, la estola

morada, y salió con rapidez. En compañía del asustado criado, en completo silencio, invirtió el camino que había hecho unos instantes antes aquel siervo.

Llegados a una puerta, tocó la madera varias veces con sus nudillos. Por el quicio apareció una cara de mujer, era doña Ana, el ama del rey. Al instante, tras reconocer al obispo, se apartó inclinando la cabeza. En su interior la decoración era sencilla. Lo único que destacaba era una cama con dosel en la cual un hombre ya mayor reposaba medio agonizante. Junto a él una joven lloraba con desolación, era doña Toda, la hija del moribundo. A los pies del lecho un físico observaba cualquier movimiento del anciano, era David, el Judío.

–Majestad –pronunció con respeto el obispo don Sancho, a la vez que se acercaba a la cama.

–Hola, don Sancho –exclamó con voz entrecortada el moribundo en un intento inútil de incorporarse.

–Acostaos, majestad –dijo apresuradamente el obispo impidiendo que aquel hombre se alzara más.

–Tranquilizaos –dijo el anciano con una sonrisa, antes de seguir hablando–, Dios me reclama y me gustaría dejar en paz mis cuentas en este mundo –añadió con voz débil–, que en el otro ya se encargará el Juez Supremo de juzgarme –finalizó con esfuerzo.

La escena se desarrollaba en el palacio fortaleza de Sancho Garcés III, a la sazón rey de Nájera-Pamplona. La noche era fría y lluviosa tal y como correspondía al invierno del año del Señor de 1025. Don Sancho se colocó la sobrepelliz y la estola morada y, tras acercar un crucifijo a los labios del moribundo, comenzó a decir:

–In nomine Patris...

El cristiano que estaba a punto de entregar su alma a Dios, no era otro que García Ramírez I, tercer rey de Vekaria et Leza, que yacía en una de las estancias del palacio fortaleza de la capital del reino de Nájera, a la que había acudido al sentirse mal, teniendo que abandonar su querida Vekaria, pero era conveniente el traslado a Nájera, ya que en la corte estaba el mejor físico del reino, David, el Judío.

—¿Tenéis algo que decirme? —preguntó el obispo don Sancho una vez tranquilizado el moribundo.

—Sí, don Sancho, sí —respondió el anciano rey—, quiero dejar constancia de la historia del reino de Vekaria et Leza, que cuando yo muera, también lo hará él.

—Papá, por Dios —exclamó llorosa su hija— no digas eso, ya verás cómo te recuperas.

Una sonrisa de complicidad se dibujó en los labios del rey yacente. Bien sabía él que sólo alargaría su vida el tiempo que Dios le permitiera, por lo que quería aprovecharlo.

—Descansad, majestad, y reponed fuerzas —exclamó el obispo—, todavía no os vais a morir —dijo en un intento de animarle. Bastante sabía él que aquellas fiebres que estaba padeciendo le consumirían hasta la muerte, la cual no estaba muy lejana.

—No, no..., no tengo tiempo —indicó el rey—, la losa que caiga sobre mi cuerpo, no sólo sellará mi cuerpo, sino que caerá sin remedio sobre el reino que con gran esfuerzo comenzó mi padre, Ramiro Garcés I de Vekaria et Leza. Un pequeño gran reino que ha sido punta de lanza y baluarte protector del reino de Nájera-Pamplona —acabó diciendo con orgullo.

—Pero, majestad... —interrumpió el obispo don Sancho.

—No... —exclamó don García Ramírez con las pocas fuerzas que le quedaban—, dejad que se cumpla la última voluntad de un moribundo, ya que cuando el sonido de estas palabras se desvanezca en el aire de la noche, desaparecerá mi querido reino como el humo en el viento de la historia.

Don Sancho no contestó, era bastante conocedor de que aquellas palabras eran proféticas, el reino de Vekaria et Leza ya no era ni la cuarta parte de lo que había sido en tiempos de su padre, Ramiro Garcés, así que se limitó a colocarse bien en la silla y se dispuso a escuchar el último deseo de un moribundo. Éste, satisfecho, sonrió.

—El origen del reino, en realidad, se forjó con mi bisabuela, la reina Toda —comenzó a decir García Ramírez—, la esposa de Sancho Garcés I. Una mujer con un carácter de hierro —dijo con ad-

miración—, que tuvo que pelear con todos a la vez, musulmanes y cristianos, en defensa de los intereses de su hijo, García Sánchez. Arrojada de su reino de Pamplona por su sobrino, el califa Abderramán III de Córdoba, en el año 924, se refugió en Nájera con toda la corte.

Por entonces reinaba en Nájera su hijo, García Sánchez I, mi abuelo —aclaró el anciano monarca—, y por expreso deseo de su padre, Sancho Garcés I, a partir de aquel momento pasó a llamarse reino de Nájera y Pamplona. A la desgracia y humillación de haber perdido el reino, se añadió poco después el fallecimiento de su marido, el rey Sancho Garcés I. Todavía estaba de luto por su muerte, cuando comenzaron sus problemas, aunque mi bisabuela tenía los redaños bien puestos —exclamó, a la vez que con gran esfuerzo se le dibujó una sonrisa en sus acartonados labios—. Supo enfrentarse a las insidias de su cuñado, Jimeno Sancho, que pretendía arrebatarse a su hijo García Sánchez I, el trono que su padre le había dejado. Así que no se lo pensó dos veces y pidió ayuda a su sobrino Abderramán III, a pesar de que sólo diez años antes la desalojara de Pamplona. Decidida, envió un mensajero. «Lo primero es mi hijo y el reino», pensó resuelta.

capítulo segundo

Apenas se distinguía en el horizonte la luz del alba, cuando desde el minarete de la gran mezquita de Córdoba, la voz del almuecín comenzó a llamar a los fieles a la oración, era el rezo del *fajr*, que se debía realizar justo antes del amanecer. Con la mirada elevada hacia el cielo, en lo más alto del minarete para estar más cerca de *Al-lāh*, proyectaba su voz a todos los rincones de la ciudad. No era un hombre alto, más bien era menudo, con un estilado rostro continuado por una fina barba que le llegaba hasta el pecho. Su rostro mostraba las heridas del tiempo, pero la fuerza de su fe le hacía sacar la voz para que se le escuchase por toda la ciudad.

Era el primer día de primavera del año 934 y en sus vacías calles resonaban las palabras del hombre santo recorriéndolas como un rayo, penetrando como el viento por las ventanas de los hogares, llamando a cada puerta para indicar a los fieles que era la hora de la primera oración del día a *Al-lāh*. Compitiendo con su voz, los cascos de un caballo al galope rasgaban el silencio mientras avanzaba por las estrechas calles camino del palacio de Abd al-Rahmán ibn Muhámmad III, comendador de los creyentes, azote de los infieles, también llamado Abderramán III, **a la sazón** califa de Córdoba.

Era normal que los jinetes, tras entrar por alguna de las puertas de la ciudad, recorrieran las calles para concluir en el palacio del califato, pero lo que ya no era tan normal era el estandarte que el jinete portaba, una cruz roja sobre un paño blanco, en vez de la media luna roja, y bajo la cual ondeaban con orgullo los colores del reino de Nájera-Pamplona. La visión de aquella cruz sorprendió a los escasos viandantes somnolientos que se habían atrevido a salir a la calle a tan tempranas horas. No estaban acostumbrados a ver la cruz cristiana por aquellas callejuelas, por lo que se apartaban como si del propio diablo en persona se tratara.

Mientras galopaba, el aire frígido de aquella hora tan temprana y la humedad ambiental hacían surgir de los hollares del caballo, como géiseres, dos chorros de vapor de agua a cada respiración. Aquella visión les acrecentaba aún más la creencia de que aquel que lo montaba era el mismo Satán.

El jinete parecía perseguido por algún demonio y en su veloz carrera esquivaba con soltura a la gente entre aquellas estrechas calles. Incluso algún pequeño obstáculo, como alguna carreta cruzada en la callejuela, era salvado con un ágil salto del caballo manejado por su jinete, por lo que no le impedía seguir hacia adelante, hacia el palacio de Abderramán III. A las puertas del alcázar se detuvo con rapidez y como un enviado del infierno esperó inmóvil sobre el caballo. La guardia, alarmada por su presencia, le rodeó al instante.

—¡Alto! ¿Quién eres? —preguntó uno, amenazándole con su azagaya, dirigiéndosela a su pecho.

—¿Qué quieres? —inquirió otro con su espada larga, amenazadora, en la mano.

—Soy Munio —exclamó con fuerza—, mensajero de mi señora Toda, reina del muy noble y cristiano reino de Nájera-Pamplona, por la gracia de Dios —concluyó con orgullo.

En ese momento el rey García Ramírez se detuvo en su relato y mirando al obispo don Sancho dijo:

—Aquel jinete era el hombre de confianza de mi bisabuela Toda, —luego, con una inspiración fuerte, como si le costara hacerlo continuó—: Había cabalgado sin descanso durante varias jornadas para cumplir las órdenes de mi bisabuela —en ese instante García Ramírez casi se detuvo en su narración para decir, como en un susurro de admiración—: ¡Qué mujer!

—¿Qué decís, majestad? —preguntó don Sancho alterado por el bajo nivel de su voz.

—Nada... nada —respondió García Ramírez quitándole importancia—. Y allí estaba— continuó a la vez que sonreía con dificultad—, rodeado de enemigos y con las puntas de las lanzas en el cuello y el corazón, cuando uno de ellos habló:

—¿Qué pretendéis? —preguntó el jefe de la guardia con inquietud.

—Entregar un mensaje de mi reina dirigido a Abderramán III, califa de Córdoba —respondió con altivez.

No era normal que un mensajero real, de un reino enemigo, se presentara así, solo, sin escolta alguna, sin aviso previo. «Tampoco representa un gran peligro», reflexionó para sí el jefe de la guardia.

—¡Dadme el mensaje! —ordenó como dudando de la palabra de Munio.

Éste alargó la mano y dio un pergamino enrollado al guardia, quien, desconfiado miró el destinatario. Al ver a quien iba dirigido exclamó alarmado:

—¡Que espere aquí! —al instante se lanzó hacia la puerta con la rapidez que le permitían sus piernas, en busca de su superior.

—¡Capitán! ¡Capitán! —gritaba a la vez que avanzaba con rapidez por el corredor.

«¿Qué ocurrirá a esta hora?, se preguntó Ben Azán, a la sazón capitán de la guardia. Un hombre bien parecido, de unos treinta y cinco años, que lucía una cuidada barba.

—¿Se está quemando algo, Akram? —preguntó con sorna.

—No, excelencia, acaba de llegar este mensaje, y es urgente.

Ben Azán cogió con desgana el mensaje y se dispuso a leer a quien iba dirigido.

«¿Para quién será?», se preguntó. Al leer el nombre del califa, sus ojos se abrieron un tanto desorbitados. Sin mirar a Akram, salió disparado hacia el interior del palacio dejando al jefe de la guardia allí plantado.

—¡Fadir! ¡Fadir! —vociferaba mientras recorría los pasillos.

—¿Qué ocurre? —preguntó un hombre alto, magníficamente vestido. Entrado ya en la cuarentena, su delgado cuerpo lucía una yubba dorada. El ruido que emitían sus ropas al caminar indicaban la calidad de la seda con la que estaban confeccionadas y por ende

la altura social de su portador. Era el gran Fadir, el mayordomo del pueblo y mano derecha del califa Abderramán III. Éste se volvió hacia Ben Azán sin decir palabra. Cuando el capitán le alcanzó, comenzó a decir entre jadeos:

–Un mensaje de la reina Toda de Nájera –explicó a la vez que se inclinaba hacia adelante en señal de respeto.

«¿Qué querrá?», pensó Fadir con un gesto de desagrado. A pesar de ser la tía del gran califa, para él era una infiel más y además una enemiga.

–¿Para quién? –preguntó sin expresión en el rostro.

–Para el comendador de los creyentes, azote de los infieles, nuestro gran califa, Abderramán III

Una energía renacida le inundó el cuerpo al oír el nombre.

–Acompáñame –ordenó tras devolverle a Ben Azán el mensaje.

De inmediato se dio media vuelta. Sin decir nada más echó a correr hacia las dependencias del califa acompañado del capitán de la guardia, Ben Azán.

–¡Alto! ¿Quién va? –se escuchó a mitad del pasillo que conducía a las dependencias califales.

Un *saqāliba*, mercenario eslavo de la guardia real, era el que había echado el alto, alzando su larga espada en posición de ataque.

–Toda la guardia personal de Abderramán eran mercenarios eslavos –aclaró el anciano monarca de Vekaria–, cosa muy normal entre los musulmanes –añadió.

–Soy Fadir, mayordomo del comendador de los creyentes, déjame pasar –ordenó con un movimiento de la mano.

El eslavo, al reconocer a Fadir, se volvió a pegar a la pared dejando el paso libre. El jadeo se mezclaba con el ruido de los pasos cuando, tras golpear le puerta, penetró en una gran estancia. Sedas de mil colores adornaban las paredes y sobre una gran alfombra persa que cubría casi todo el suelo, una cama adamascada servía

de descanso al califa Abderramán III. El sol comenzaba a alcanzar suavemente su lecho cuando Fadir penetró en la estancia.

–Esperad aquí –ordenó al capitán Ben Azán.

–¡Alteza! ¡Alteza! –llamó sin alzar mucho la voz. Abderramán III se removió entre las sábanas de seda, sin intención de levantarse.

–¡Alteza! ¡Alteza! –insistió, esta vez alzando un poco la voz.

–¿Qué ocurre, Fadir? –se escuchó pronunciar con una voz ronca.

–Oh, comendador de los creyentes –exclamó con sumisión–, un emisario ha llegado a las puertas de palacio con un mensaje –añadió.

El destinatario de sus palabras era un hombre joven, alto, con la barba y el cabello rubios y la tez blanca. Sus rasgos distaban mucho de los característicos árabes, parecía más un rey cristiano que el califa de Córdoba.

–¿Un mensaje de quién? –interrumpió en tono de reproche–. Déjalo, ya me lo darás más tarde –rezongó dándose media vuelta.

–¡Alteza! –insistió Fadir–, es de la reina Toda de Nájera-Pamplona, vuestra tía.

–¿De mi tía? –refunfuñó–, ¿qué querrá ahora esa mujer? –pensó medio dormido. Durante unos instantes permaneció con los ojos cerrados hasta que de repente apuntó–: Haz pasar al mensajero y tráeme el pergamino –ordenó.

–Al instante, alteza.

Abderramán III vio cómo su valido y mayordomo se alejaba con pasos largos y rápidos a cumplir su orden.

«¿Qué motivo le habrá movido para enviarme un mensajero?», pensó. «Bueno, enseguida lo sabré». No tuvo tiempo de nada más, el sonido de los pasos de Fadir le indicaban que ya traía el mensaje.

–Aquí está –pronunció a la vez que con una reverencia le acercaba el pergamino.

El sol comenzaba a entrar a raudales por la ventana iluminando por completo la estancia cuando Abderramán III se disponía a desenrollar el pergamino. Durante unos instantes estuvo leyendo a la vez que su rostro cambiaba de gesto, tanto de sorpresa, como de aprobación.

«Estimado sobrino: es preciso que nos veamos lo antes posible, para tratar un asunto de alta importancia, que será benéfico para los dos pueblos. Comunícame lo antes posible tu decisión y el lugar de la cita. Tu tía, la reina Toda».

—Mujeres —se limitó a decir el califa—, por cualquier cosa se alteran —añadió con desdén.

Acto seguido, se colocó sobre su alfombra de oraciones y comenzó a orar. Tras la oración de la mañana volvió a llamar a su mayordomo.

—¡Fadir! ¡Fadir! —se escuchó.

—Sí, majestad, rey de los creyentes...

—Déjate de zalamerías y acércate —ordenó el califa—. ¿Cuándo tenemos previsto acercarnos a Calagurra (Calahorra) para inspeccionar las tropas? —preguntó expectante.

Fadir se pasó la mano por su muy bien cuidada barba y tras unos segundos respondió:

—Al principio del verano, príncipe de los creyentes.

—Bien, déjame ahora.

Sus pensamientos se fueron hasta la reina Toda, su tía. «¿Qué estará tramando ahora?», pensó preocupado.

—Procuro no hacer aceifas en su reino —comentó en voz alta—, desde que arrasé Pamplona no he vuelto a declararle la guerra.

¿Qué querrá, entonces? Estas mujeres te pueden salir con cualquier cuestión mínima. Tendré cuidado con ella, a pesar de ser mi tía, es una mujer decidida —acabó diciendo.